

Amoris laetitia:
**por una pastoral del
matrimonio y de la familia**

de

S.E. Mons. Vincenzo Paglia

El valor "sinodal" de la Exhortación Apostólica

Con la *Exhortación Apostólica post-sinodal, Amoris Laetitia*, el Papa Francisco recoge el fruto de un largo itinerario eclesial y lo presenta con autoridad a toda la Iglesia Católica. El Papa ha querido que durante dos años la Iglesia, en sus diversas fases y en un estilo sinodal, concentrase toda su atención en la familia. La primera ocasión fue el Consistorio de febrero 2014, en el que pidió a los cardenales que abordaran este tema; a continuación tuvieron lugar las dos asambleas sinodales (2014 y 2015) y él mismo en persona desarrolló en el transcurso del año 2015 más de treinta catequesis sobre la familia. De igual modo, la doble consulta realizada a las Iglesias locales constituyó una gran novedad; la Secretaría del Sínodo fue la encargada de recibir y analizar los resultados. No creo que haya otro documento papal que haya tenido una tal gestación.

El Papa, al inicio del texto, subraya la valiosa contribución surgida de las dos asambleas sinodales. El Papa Francisco escribe: "estas asambleas han contenido una gran belleza, y han brindado mucha luz". Y continúa: "el conjunto de las intervenciones de los Padres, que escuché con constante atención, me ha parecido un precioso poliedro, conformado por muchas legítimas preocupaciones y por preguntas honestas y sinceras. Por ello consideré adecuado redactar una Exhortación apostólica postsinodal que recoja los

aportes de los dos recientes Sínodos sobre la familia, agregando otras consideraciones que puedan orientar la reflexión, el diálogo o la praxis pastoral y, a la vez, ofrezcan aliento, estímulo y ayuda a las familias en su entrega y en sus dificultades"(4). Me parece muy importante entender el gran valor de estas observaciones que, al mismo tiempo que hacen hincapié en la novedad del método, recalcan el contenido.

Una gran simpatía por las familias surca todo el texto

Todas las páginas del texto, marcadas por una mirada de gran simpatía hacia las familias, reafirman la grandeza de la misión que les ha sido confiada por el Señor: “de ninguna manera la Iglesia debe renunciar a proponer el ideal pleno del matrimonio, el proyecto de Dios en toda su grandeza” (307). Por lo tanto, no podemos mostrarnos reticentes cuando se trata de anunciar este ideal, como lo afirman las fuertes palabras del Señor al hablar de la belleza y seriedad de los vínculos matrimoniales, como una forma de plena actuación de la fe. La familia es un bien indispensable para la vida de la Iglesia, es un bien valiosísimo para la evangelización de la vida y un patrimonio imprescindible para la sociedad humana.

Es precisamente esta altura del ideal lo que impulsa al Papa a pedir un compromiso renovado para acercarse a las familias en lo concreto de sus vidas. La Iglesia es una madre. Es por esta razón que no observa a las familias desde el exterior con frialdad notarial dispuesta a enumerar las transformaciones y a encontrar eventuales culpas y así poder condenarlas. Evidentemente tampoco permanece ciega ante los enormes cambios acaecidos ni se resigna a ellos. La Exhortación pone de manifiesto las enfermedades que afectan a las familias

de hoy en día. Sin embargo, ella no vive en un resignado pesimismo. Sabe que “esta enfermedad no es de muerte” (Jn 11,4), como Jesús dijo al hablar de su amigo Lázaro. La Iglesia es amiga de la familia, de todas las familias. Y está llena de esperanza, incluso ante los numerosos “profetas de fatalidad”. Sabe que el Señor ha venido para salvarnos. Y la Iglesia también sabe que Él “no defraudará nuestra esperanza”. Y siente la responsabilidad de ayudar a todas las familias a llegar a Jesús.

La Exhortación, impregnada de esta apasionada amistad, se presenta como una larga meditación de los aspectos de la vida familiar, tanto de los más enriquecedores como de los más críticos. El Papa considera a la familia en un horizonte estratégico: la familia no es solamente la historia de los individuos y de sus deseos de amor (incluso si estos existen), sino la misma historia del mundo. Es decir que la familia es la madre de todas las relaciones. Es así como aparece ya en los dos primeros capítulos del Génesis a los que hace referencia la Exhortación: en ellos la historia humana y la familia están estrechamente vinculadas. Familia y sociedad son inseparables. Cuando las cosas no van bien en la familia tampoco van bien en la sociedad.

Hacia una Iglesia “familiar” y una familia “eclesial”

Esta nueva mirada pide a la Iglesia un cambio de ritmo y de estilo. El Papa nos exhorta a que no nos resignemos a la situación actual en la que se encuentran las familias, y nos llama a “liberar en nosotros las energías de la esperanza traduciéndolas en sueños proféticos, acciones transformadoras e imaginación de la caridad”(57). La ambición que impregna estas palabras requiere una profunda renovación en la Iglesia. La Iglesia, por lo tanto, no podrá realizar la tarea que le ha sido asignada por Dios para con la familia si no incluye a las familias en esta misma tarea, según el estilo de Dios, y por consiguiente, sin asumir ella misma los rasgos de una comunión familiar.

La Exhortación Apostólica requiere un punto de inflexión eclesiológico, es decir una nueva manera de ser Iglesia, o podríamos decir de otra manera, requiere una nueva alianza entre las familias y la Iglesia. Es decir que cuando la Iglesia habla de las familias, habla de sí misma. Y viceversa. La familia, por lo tanto no puede ser considerada solamente como la destinataria de una acción formativa, de una acción pastoral o sacramental. Ha de ser reconocida como “sujeto de la acción pastoral mediante el anuncio explícito del Evangelio y el legado de múltiples formas de testimonio, entre las cuales: la solidaridad con los pobres, la apertura a la diversidad de las personas, la custodia de la creación, la solidaridad moral y material hacia las otras familias, sobre todo hacia las más necesitadas, el compromiso con la promoción del bien común, incluso mediante la transformación de las estructuras sociales injustas, a partir del territorio en el cual la familia vive, practicando las obras de misericordia corporal y espiritual”(290). Esta esencial eclesiología de la familia es la inspiración que recorre todo el texto, el horizonte hacia el que el Papa quiere conducir el sentimiento cristiano en esta nueva era. Dicha transformación pide un modo nuevo, familiar, de percibir y de vivir la Iglesia en este período de transición. Y también es necesario que cada familia cristiana sea eclesial.

La Exhortación insta a una nueva “forma ecclesiae”: una Iglesia entendida como “familia de Dios”. Una reorganización de la pastoral familiar no es suficiente. Toda la pastoral ha de ser “familiar” o, aún más concretamente, “toda la Iglesia ha de ser familiar”. De igual modo, es necesario que la familia sea concebida en su estrecha relación con la comunidad cristiana. En resumen, es necesario que la comunidad cristiana y la familia sean concebidas juntas como un único sujeto. No pueden ser concebidas -y, por supuesto, ni siquiera existir- como sujetos separados: son distintos pero no están separados. La familia necesita a la Iglesia para no estar a la merced de las olas del individualismo y la Iglesia necesita a la familia para no perderse en el funcionalismo que mata el amor. No cabe duda de que hay que encontrar una

alianza entre la Iglesia y la familia. Es el antiguo sentido de la "iglesia doméstica": es decir, una comunidad cristiana que vivía de manera familiar reuniéndose en una casa que acogía a las diversas familias cristianas. Se trata de un enfoque increíblemente actual.

El Papa en sus catequesis sobre la familia afirmaba: “Es una alianza crucial. «Contra los “centros de poder” ideológicos, financieros y políticos, pongamos nuestras esperanzas en estos centros del amor evangelizadores, ricos de calor humano, basados en la solidaridad y la participación»”, dijo hace unos años en una declaración para América Latina. De hecho, una sociedad de individuos autorreferenciales, aislados entre sí, está destinada a la esterilidad y al conflicto. Pero una Iglesia formada por funcionarios de lo sagrado y de usuarios pasivos pierde el contacto con la historia de los hombres y de las mujeres. Se necesita urgentemente reforzar el vínculo entre familia y comunidad.

“Se necesita una fe generosa para volver a encontrar la inteligencia y la valentía para renovar esta alianza. Las familias a veces dan un paso hacia atrás, diciendo que no están a la altura: «Padre, somos una pobre familia e incluso un poco desquiciada», «No somos capaces de hacerlo», «Ya tenemos tantos problemas en casa», «No tenemos las fuerzas». Esto es verdad. Pero nadie es digno, nadie está a la altura, nadie tiene las fuerzas. Sin la gracia de Dios, no podremos hacer nada. Y el Señor nunca llega a una nueva familia sin hacer algún milagro. Recordemos lo que hizo en las bodas de Caná. Transformó el agua sucia de las tinajas en vino. Sí, el Señor, si nos ponemos en sus manos, nos hace hacer milagros”.

Por lo tanto, una Iglesia familiar vuelve a descubrir su misión en la sociedad. Una nueva alianza entre la familia y la Iglesia muestra la belleza del “nosotros” a una sociedad sumergida en la tristeza de su egocentrismo miope, y se convierte en fermento de familiaridad entre todos. Es una tarea importante y especialmente urgente en nuestros días. Al mismo tiempo que somos testigos del

cierre de grupos, barrios, ciudades, regiones e incluso naciones, una Iglesia familiar muestra la belleza de estar juntos aunque seamos diferentes. Esta misión cada día se hace más urgente. El Señor no salva a las personas individualmente, sino que las reúne en un pueblo. De aquí deriva la responsabilidad de que la Iglesia sea cada vez más un pueblo familiar.

Me parecen importantes las palabras con las que el Papa describió la relación entre la familia y la sociedad: “la alianza del hombre y de la mujer... ha de volver a tomar el timón de la historia (de la sociedad, de la economía, de la política). Ella decide la habitabilidad de la tierra, la transmisión del sentimiento de la vida, los lazos de la memoria de la esperanza. Su pérdida, nos vacía la mente. De esta alianza, en sus múltiples implementaciones, la comunidad conyugal-familiar del hombre y de la mujer es la gramática generativa, el “nudo de oro”, podríamos decir. La admiración cristiana por la genialidad de este vínculo creatural, en todo caso, no tiene nada que ver con la ideología de un familiarismo sentimental y despótico, que anula cualquier otro vínculo. La fe se inspira en la sabiduría de la creación de Dios: que no ha confiado a la alianza del varón y de la mujer el cuidado de una intimidad que acaba en sí misma, sino el proyecto apasionante de hacer que el mundo sea doméstico y familiar”.

El Papa, en el tercer capítulo de la Exhortación apostólica, se pregunta si hasta ahora no nos habremos equivocado al presentar “un ideal teológico del matrimonio demasiado abstracto, casi artificiosamente construido, lejano de la situación concreta y de las posibilidades efectivas de las familias reales”(36). Y manifiesta todas sus dudas en la eficacia de una pastoral que “sólo insiste en cuestiones doctrinales, bioéticas y morales, sin motivar la apertura a la gracia”(37). Resulta obvio – esta es mi reflexión personal- que queda abierta una pregunta crucial: ¿por qué hoy en día los jóvenes prefieren la convivencia al matrimonio? ¿Por qué no les parece atractiva la perspectiva matrimonial y familiar?

El Santo Padre ha pedido al Instituto Juan Pablo II que se “aplique con mayor entusiasmo al rescate - diría que casi a la rehabilitación – de esta extraordinaria “invención”(el matrimonio y la familia) de la creación divina. Las dinámicas de la relación entre Dios, el hombre y la mujer, y sus hijos, son la llave de oro para la comprensión del mundo y de la historia, con todo lo que contiene. Y, por último, para comprender algo profundo que se encuentra en el amor de Dios mismo”. En este punto el Papa se pregunta y nos pregunta: “¿Somos capaces de pensar en esta revelación “en grande”? ¿Estamos convencidos de la potencia de vida que este proyecto de Dios aporta al amor del mundo? ¿Sabemos arrancar a las nuevas generaciones de la resignación y reconquistarlas a la audacia de este proyecto?” Y yo añadiría:¿por qué hoy en día los jóvenes eligen la convivencia antes que el matrimonio? Ante esta indiferencia, ¿no deberíamos preguntarnos si el "Evangelio de la familia", tal como lo presentamos, es poco atractivo? ¿no deberíamos replantear el lenguaje y el contenido de este anuncio para hacer que el Evangelio de la familia resulte más “atractivo”? Resulta particularmente apropiada una lectura más atenta del Génesis para comprender la vocación y la misión que el Señor ha confiado a la alianza del hombre y de la mujer en todos los tiempos.

El Señor confía a esta alianza dos grandes tareas: el cuidado de la creación y la responsabilidad de las generaciones. Es una elevada visión que hemos de tener el valor de redescubrir y volver a proponer para ir más allá del individualismo narcisista que empuja incansablemente a encerrarse en el propio yo, en su propio particular, en sus proyectos individuales. Realmente, el “yo” parece haberse convertido en el único dueño de la creación y de la historia. Hoy en día hay quien habla de "egolatría", un nuevo culto, el del “yo” en cuyo altar se sacrifican incluso los afectos más queridos. Uno no se casa para sí mismo, no se crea una familia para sí mismo. Es indispensable reencontrar el “nosotros” presente en el comienzo de la creación, cuando “Dios creó al hombre a su imagen... varón y mujer los creó”(Gn 1,27). La alianza del hombre y la mujer es

el hilo de oro que atraviesa el "nosotros" que se realiza en todas las dimensiones sociales de la vida humana, de la familia, de la sociedad, de la familia de los pueblos.

La relación entre el matrimonio y la familia debe ser abordada con mayor claridad en este contexto. Es fácil ver un cierto descuido por parte de la teología tradicional del matrimonio hacia la dimensión familiar, que se ha inscrito tácitamente entre las consecuencias prácticas de la unión conyugal, que define la condición común de una forma social básica. Sin embargo, hay que desarrollar más el vínculo entre el sacramento del matrimonio y la familia, hasta que se pueda afirmar claramente que el hombre y la mujer no se unen en matrimonio para sí mismos, sino para la construcción de una familia entendida como lugar de generación humana, de educación filial, de vínculo social y de fraternidad eclesial. En resumen, el matrimonio es para la familia, y no viceversa. La vocación social y comunitaria del matrimonio, que en la familia encuentra su símbolo fundamental y su núcleo propulsor, es asumida en la fe cristiana y en la propia forma eclesial, como principio creador del proyecto comunitario de Dios respecto a la criatura humana.

Los lazos familiares -en el seguimiento del Señor- se fortalecen y se transforman: es decir, se hacen más firmes, más creativos y más universales porque no tienen fronteras. La fuerza del Evangelio impulsa a salir de casa y a crear una paternidad y maternidad más amplias, para acoger a los otros discípulos de Jesús como hermanos y hermanas. A los que le decían que afuera estaban su madre y sus hermanos esperándole, Jesús respondió: “¿He aquí mi madre y mis hermanos! Todo aquel que cumple la voluntad de Dios ese es mi hermano, mi hermana y mi madre”(Mc 3,35). La comunidad eclesial es la “familia Dei”. Las familias que viven el seguimiento de Jesús no están aisladas y encerradas en sí mismas. Sacan la energía del amor del altar: escuchando juntos las Escrituras y nutriéndose del único Pan y del único Cáliz. Por esta razón, hay una necesidad urgente de un vínculo más claro entre la familia y la comunidad a

partir del altar. Desde el único altar del Domingo caminamos hacia los altares de las casas, calles y plazas para comunicar a todos el Evangelio del Reino. Una Iglesia según el Evangelio sólo puede parecerse a una casa acogedora, hospitalaria, amplia y sin límites. Y esto sucederá si se hace según una “forma doméstica”.

El amor fecundo y las generaciones en el matrimonio y en la familia

Las reflexiones del Papa Francisco en los Capítulos IV y V de la Exhortación Apostólica adquieren todo su valor en este horizonte. En ellos se declina aquello que sustenta el matrimonio y la familia, es decir el vínculo de amor entre un hombre y una mujer y la fecundidad generadora que resulta de este. Y aquí aparece una singular novedad. El Papa no se limita, como sucede en una catequesis más difundida, a comentar la enseñanza fundamental del Cantar de los Cantares, que es sin duda una joya de la revelación bíblica sobre el amor del hombre y de la mujer. De una manera original, el Papa Francisco comenta detalladamente - palabra por palabra - la fina fenomenología del amor inspirado por Dios en el bello himno paulino de 1^a Corintios 13. El Papa habla del amor de una manera que va mucho más allá de lo místico y romántico. Es muy significativo que la palabra más citada en el texto sea justamente “amor” (365), le sigue “familia” (279), “matrimonio” (185) e “iglesia” (149), una secuencia que va más allá de la terminología. Es evidente que el amor del que se habla en el texto está lleno de concreción y dialéctica, de belleza y de sacrificio, de vulnerabilidad y de tenacidad (*el amor soporta todo, el amor nunca se da por vencido ...*). ¡El amor de Dios es así!

Estamos lejos de aquel individualismo que encierra al amor en la obsesión posesiva "de dos", y pone en peligro la "alegría" de los vínculos conyugales y familiares. El léxico familiar del amor, siguiendo la interpretación del Papa, no carece de pasión, es rico de generación. Por esta razón incluye serenamente la

libertad de pensar y de apreciar la intimidad sexual de los cónyuges como un gran don de Dios para el hombre y la mujer. Podríamos decir que - también en esto - el texto papal conduce a su plenitud las sugerencias que se encuentran en la *Gaudium et Spes* y que él cita explícitamente: “El matrimonio es en primer lugar una «íntima comunidad de vida y de amor conyugal», que constituye un bien para los mismos esposos, y la sexualidad «está ordenada al amor conyugal del hombre y de la mujer»”(n.80). El léxico familiar del amor, como lo presenta el Papa, está lleno de pasión, es robusto en la generación.

El Papa, seguidamente, reitera la otra dimensión del amor conyugal: la fecundidad y la generatividad. El texto habla de manera psicológicamente profunda y espiritual sobre los temas de acoger una nueva vida, de la espera en el embarazo, del amor de la madre y del padre, de la presencia de los abuelos. Además se habla de la fecundidad ampliada, de la adopción, de la acogida y de la contribución de las familias para promover una "cultura del encuentro", de la vida en la familia en un sentido amplio, con la presencia de los tíos, primos, parientes de los parientes, amigos. El Papa subraya la inevitable dimensión social del sacramento del matrimonio (n.186), en la que se declina tanto el papel específico de la relación entre jóvenes y ancianos, como la relación entre hermanos y hermanas, ambas relaciones proporcionan un aprendizaje que hace crecer en las relaciones con los demás. De esta manera, la *Amoris Laetitia* propone una relectura de la relación entre el amor y la generación que va más allá de cualquier separación o yuxtaposición de estos dos, fundamentales y constitutivos, significados del matrimonio: la relación en la pareja es inherentemente generadora y fecunda. Y la generación de un tercero, el hijo, es el fruto trascendente del amor de los dos.

En este contexto me gustaría subrayar dos puntos. En primer lugar, el tema de los hijos. El texto reafirma claramente que el hijo no es un objeto de deseo, sino un proyecto de entrega de vida. De ahí se llega al tema de la relación entre las generaciones. Esta relación está amenazada por la fragmentación y la

licuefacción del eros. El vínculo entre las generaciones es el patrimonio que hay que hacer fructificar. Esta es la gran tarea encomendada a la familia: tiene que cuidar la tradición de la vida sin aprisionarla, proporcionar un valor añadido al futuro sin mortificarlo. Este dinamismo sería imposible si la familia perdiese su función social de estabilidad y de propulsión de los afectos. En resumen, uno no se casa para sí mismo. Si la pareja no se encierra en sí misma el matrimonio posee muchos más bienes: un encerrarse en sí mismos no da alegría, conlleva tristeza. La familia es el motor de la historia, el amor que trabaja por la vida: ciertamente no es el paraíso para aquellos que desean escapar de los desafíos de la vida y de la historia. En este paso y alianza entre las generaciones se construye toda la riqueza, saber, cultura, tradiciones, dones y reciprocidad de los pueblos. La pasión por la educación inscrita en las generaciones y la alianza entre una generación y la otra es un termómetro infalible del progreso social.

Ahora pasamos al tema de la educación. El Papa advierte que en lo que se refiere a los hijos "la obsesión no es educativa, y no se puede tener un control de todas las situaciones por las que podría llegar a pasar un hijo. Si un padre está obsesionado por saber dónde está su hijo y por controlar todos sus movimientos, sólo buscará dominar su espacio. De ese modo no lo educará, no lo fortalecerá, no lo preparará para enfrentar los desafíos. Lo que interesa sobre todo es generar en el hijo, con mucho amor, procesos de maduración de su libertad, de capacitación, de crecimiento integral, de cultivo de la auténtica autonomía"(261). Cabe destacar la atención que el texto dedica a la educación sexual, un tema relativamente nuevo en la pastoral de la Iglesia. La exhortación afirma la necesidad de ella sobre todo hoy en día, en "una época en que la sexualidad tiende a banalizarse y a empobrecerse. Ésta sólo podría entenderse en el marco de una educación para el amor, para la donación mutua" (n.280).

Las familias están llamadas a ser sujeto y no solamente objeto de la evangelización. Ellas están llamadas a comunicar al mundo el "Evangelio de la familia" como respuesta a la profunda necesidad de familiaridad inscrita en el

corazón de la persona humana y de la sociedad. Por supuesto, necesitan una gran ayuda en esta misión. El Papa habla, también en este caso, de la responsabilidad de los ministros ordenados. Y señala con franqueza que "les suele faltar formación adecuada para tratar los complejos problemas actuales de las familias" (202). Exige una atención renovada en lo que respecta a la formación de los seminaristas. Se ha de mejorar su formación psico-afectiva e involucrar a sus familias en su formación al ministerio (cf. n.203), y además sostiene que "puede ser útil la experiencia de la larga tradición oriental de los sacerdotes casados" (n. 202). Aquí habría que iniciar una reflexión sobre la relación entre las familias, la maternidad eclesial de la comunidad y la paternidad espiritual del ministerio. He mencionado la brecha que separa a las familias y a la comunidad cristiana. Es esencial que se realice una nueva alianza entre ambas dimensiones.

La familia y la comunidad cristiana deben encontrar una nueva alianza, no para encerrarse en su círculo, sino para fermentar toda la sociedad de una manera "familiar". En el escenario de un mundo marcado por la tecnocracia económica y la subordinación de la ética a la lógica del lucro, es esencial volver a proponer el "Evangelio de la familia" como fuerza del humanismo. La familia - una profecía de amor en un mundo de solitarios - decide sobre la habitabilidad de la tierra, la transmisión de la vida, los lazos en la sociedad. El Concilio Vaticano II enuncia claramente la vocación de la Iglesia, de las comunidades cristianas, de las familias: ser signo e instrumento de la unidad de todo el género humano. Este es el amor que debe habitar en la familia y en la Iglesia.